

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS

Iris Rivera

ILUSTRACIONES

Diego Feld

COLECCIÓN 2019 - CUENTO Nº 2

Lavandas



¿Cuántos años llevaban juntos? Los puesteros de la estancia *La Florecida* habían perdido la cuenta cuando la viejita se compró aquel vestido de flores. Flores de lavanda. Como las que crecían cerca de la tranquera. Un campo de lavandas que al hamacarlas el viento, parecía una laguna. Flores.

Como las margaritas de al lado o como tantas otras, que por algo a la estancia le decían *La Florecida*.

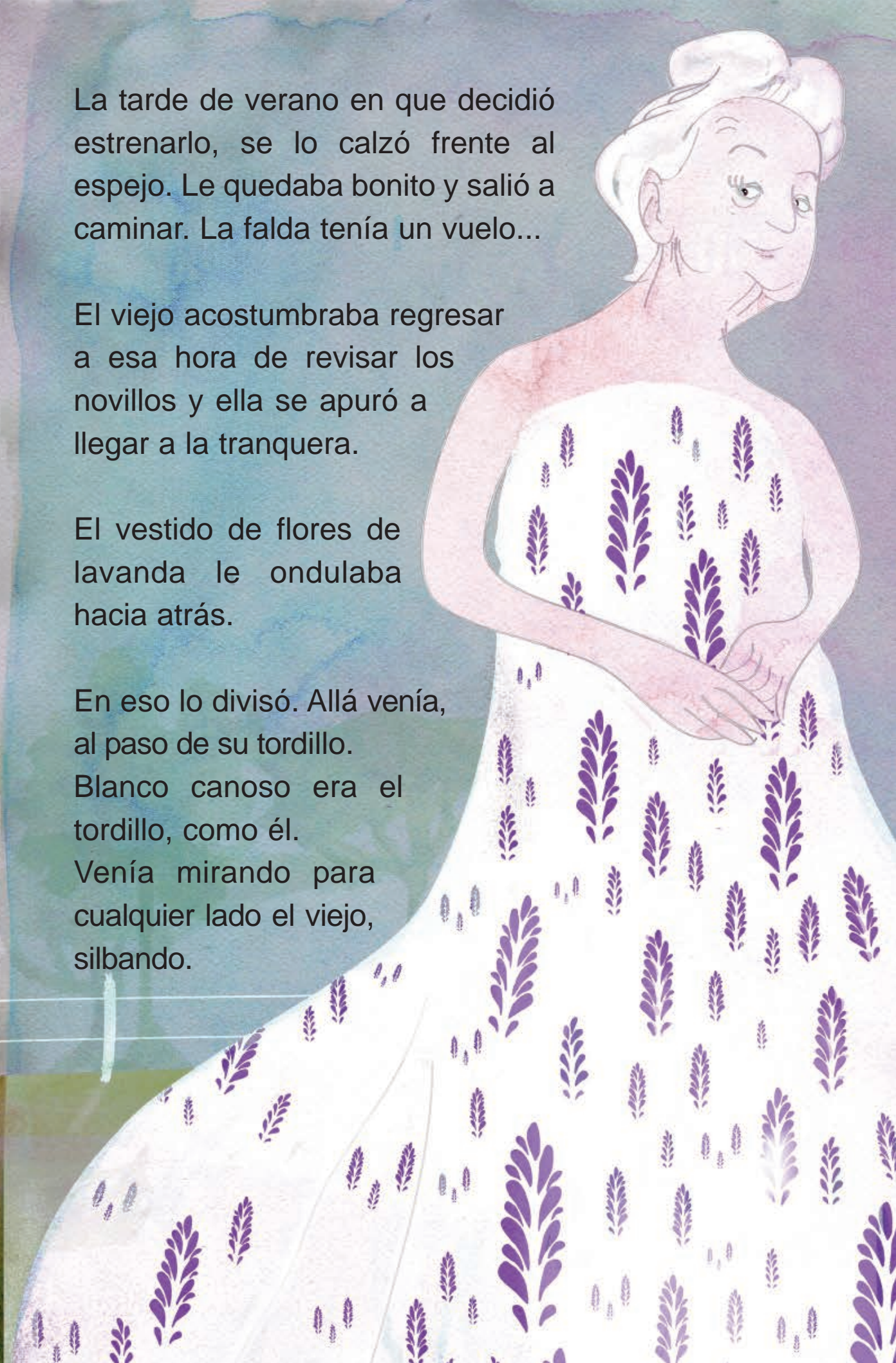
Cuando la viejita vio el vestido en la tienda del pueblo, se lo tuvo que comprar. Y eso que era mujer ahorrativa, de las que guardan pesitos en una lata. Pero ese vestido... Volvió a la estancia, asaltó la lata y se lo compró.

La tarde de verano en que decidió estrenarlo, se lo calzó frente al espejo. Le quedaba bonito y salió a caminar. La falda tenía un vuelo...

El viejo acostumbraba regresar a esa hora de revisar los novillos y ella se apuró a llegar a la tranquera.

El vestido de flores de lavanda le ondulaba hacia atrás.

En eso lo divisó. Allá venía, al paso de su tordillo. Blanco canoso era el tordillo, como él. Venía mirando para cualquier lado el viejo, silbando.



Ella calmó el apuro, se acomodó sus propias canas, se hizo la que paseaba. El vestido lavanda también bajó el zarandeo y se hamacaba así y así.

El viejito la vio. Puso cara de cejas levantadas, apuró al tordillo y llegó a la tranquera. Ella se hizo la que recién lo veía y bajó las pestañas. Él tomó el gesto como saludo, pero le extrañó el silencio. Bajó del caballo y la esperó.

Ella miró a un lado, miró a otro y se metió en el campo de lavandas que parecía una laguna. Más raro todavía. Él pasó por encima de la tranquera como si no le doliera ningún hueso. No entendía, pero entró. El tordillo se rascaba el costado contra el poste más alto.

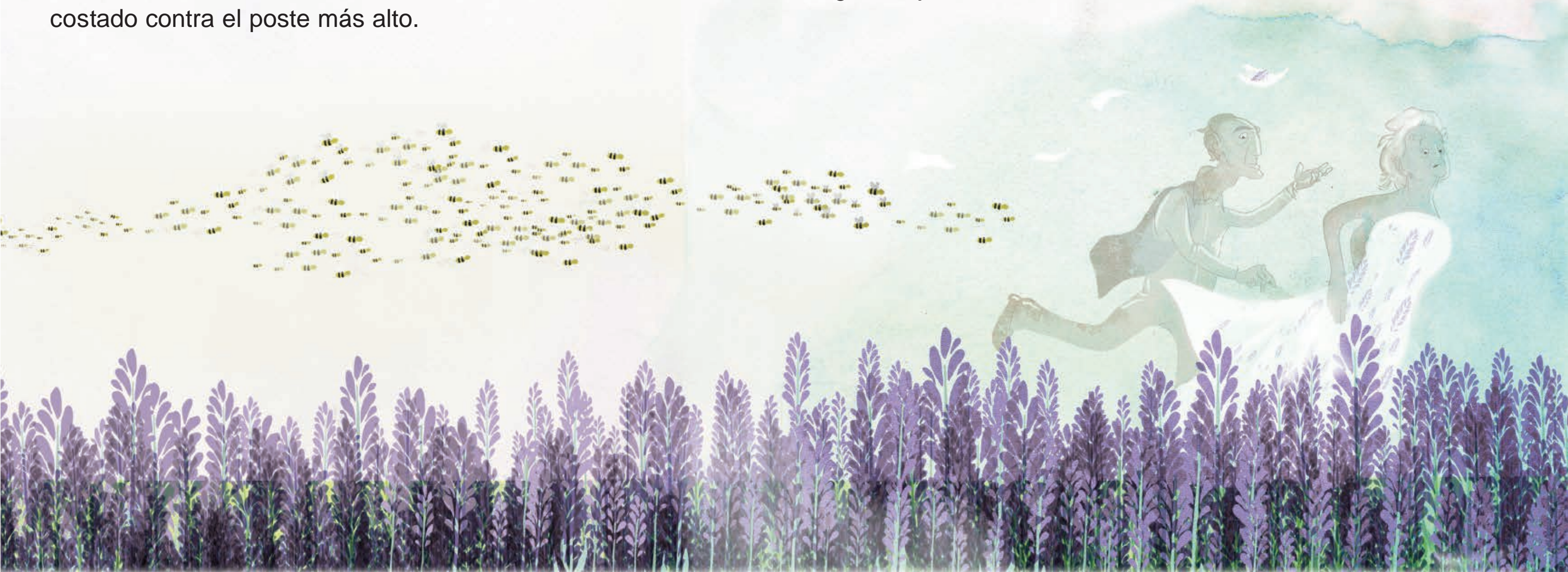
En eso, ella dobla las rodillas como si tampoco le dolieran y se hace bajita entre las flores.

Lavanda entre lavandas, se volvió invisible.

El viejo achinó los ojos como quien mira el sol. La vieja contuvo la respiración. Pero cómo habrán sido de lavandas, las lavandas del vestido, que por encima de ellas zumbaron las abejas.

Muchas. Llegaban de todas partes. Zumbaban como demonios.

Y cada vez eran más. Hasta que la viejita quedó dentro de un gran enjambre.



El miedo a los aguijones la hizo levantar agitando los brazos. Entonces él la vio. La viejita corrió como hacía tanto no corría. Huía de las abejas y las llevaba con ella. No se le despegaba ni una. Y al viejito, más gaucho que los gauchos, más héroe que los héroes, se le hinchó el pecho de coraje.

Todo estaba pasando con zumbido de abejas y crujir de lavandas. Y con perfume. El viejo la alcanzó y entró al enjambre. Era hombre de campo, sabía muchas cosas. Tomó a la vieja de los hombros y con sus dedos ásperos fue cortando una a una las flores del vestido.

Las tiraba por encima del hombro a mezclarse con las otras, las del campo. Y las abejas iban detrás.

Ella lo dejaba hacer en un semi desmayo que sería por el miedo... o por el roce de las manos del viejo que la estaba salvando. Y tanto la salvó que desprendida la última lavanda, el vestido quedó completamente blanco. Blanco el vestido y blanco el pelo de los viejitos.

Ahora ella gira a carcajadas y él acompaña. El vuelo del vestido los enrosca. Y ahora ella corre, mariposa blanca, y él la persigue. Y ella que sale al caminito y que lo invita con el pelo blanco. Y que estira los brazos como quien llama. Y él que se apura. Y ella que ríe. Y él que la alcanza. Y ella que escapa. Y él que se queda ahí, abrazando el aire. Y ella que ondula en su vestido blanco. Y que ahora entra al campo de margaritas. Blancas también.